

Historias de tráfico humano en Camboya

texto de Mark Aguirre

La corriente migratoria de los países pobres a los ricos en la era de la globalización neoliberal está alimentando el tráfico de personas como nunca antes en la historia humana. Cada año un mayor número de persona es vendido como cualquier otra mercancía más. Naciones Unidas dice que nunca ha habido tantos esclavos en la historia humana como los hay hoy. Este artículo explora cómo grupos sociales acaban en Camboya víctimas de esta vigorizada lacra social.

Hace seis años, cuando se abrió el primer casino, Poipet era un pueblo fronterizo de cinco mil habitantes que empezaba a salir de treinta años de guerra civil. Hoy es una ciudad de setenta mil inmigrantes atraídos por las oportunidades que ofrece el dinero de Tailandia, el rico país del norte. En este magma de gente de todas las provincias camboyanas, una línea de prostíbulos y hoteles baratos se suceden uno detrás de otro antes de llegar a los casinos. En el lobby de uno de los hoteles un aviso prohíbe las armas, otro recuerda a los pederastas que serán juzgados de acuerdo a las leyes de sus países, mientras un tercero alerta a los traficantes de drogas de que en Tailandia son condenados a muerte.

En Poipet dicen que la vida podía haber sido de otra manera. En 1998, cuando los Jemeres Rojos fueron definitivamente derrotados se discutió construir un parque industrial. Eran los años en que empezaba a desarrollarse en Camboya la industria de la confección y la frontera con Tailandia parecía un lugar atractivo. La idea no prosperó. Prefirieron construir casinos y burdeles abonando un lugar ideal para que el tráfico humano creciera como la hierba. Dicen que desde entonces el 80% de los hombres y mujeres vendidos por traficantes fuera de Camboya se negocian en sus calles sordas y polvorosas.

Chana, 17 años, es una de estas muchachas traficadas que por su claridad de ideas pudo escapar del burdel de Malasia al que había sido vendida. Nadie pensaría que bajo un aspecto delicado se esconde una experiencia tan cruel como la suya. Fui a visitarla al lugar donde vive, en las afueras de Poipet, a menos de un kilómetro de la frontera. Una muy modesta vivienda de una habitación, de cañas y palos cubiertos por plástico, construida sobre cuatro pilares de madera en una tierra arenosa donde el verdor de unas plantas querrían protegerla del inmenso sol. Mientras hablábamos en una pequeña tarima al aire libre en presencia de su madre, sus tres hermanas pequeñas iban y venían mientras un perro estaba acostado indiferente.

El padre de Chana murió hace tres años cuando ella estudiaba el cuarto grado. Tuvo que dejar entonces la escuela y su sueño de ser peluquera y empezar a trabajar. Su familia no tiene tierra que cultivar, así que buscó un empleo al otro lado de la frontera, en el mercado de Rong Kleu. Con siguió uno limpiando suelos y fregando platos en un restaurante. Le pagaban 70 bahts por día (1 dólar y 75 centavos). De ellos tenía que pagar 10 bahts (25 centavos de dólar) para el permiso de paso diario fronterizo al que tienen derecho los residentes en Poipet y 20 bahts (medio dólar) para el moto-taxista que la llevaba y la traía. Con el

dólar que le quedaba tenían que vivir ella, su madre y sus hermanas.

No resulta entonces difícil entender porqué cuando se le acercó Dy Reasmay, una joven un poco mayor que ella, y le propuso trabajar en Malasia, donde haría lo mismo pero ganaría mucho más, 10 mil bahts (250 dólares) al mes, no lo pensara dos veces para aceptarlo. Para poder cerrar el trato, Chana llevó a su madre al mercado, para que conociera a Dy. Cuando hablé con la madre de Chana, de sus encuentros con la mujer que vendió a su hija, decía que al principio dudaba de sus buenas intenciones, pero que cuando Dy le prometió que la empresa que le ofrecía el trabajo a Chana pagaría el viaje y que ella misma acompañaría a su hija a Malasia, acabó creyéndola como le había creído Chana.

Viajaron con Dy Reasmay ocho chicas camboyanas de Poipet y sus alrededores, en taxis hasta cerca de Bangkok, donde se les juntaron dos chicas tailandesas, y desde allí en autobús. Tardaron tres días hasta llegar a la frontera. No tenían papeles y temían que si viajaban durante la noche las autoridades pudieran pararlas. Allí se reunieron con un hombre que había ido a buscarlas y con quien pasaron sin papeles las aduanas en su automóvil. El mismo hombre las llevó a una casa en Kuala Lumpur en donde Dy Reasmay desapareció después de venderlas. En la casa había trece muchachas camboyanas, entre ellas una que Chana conocía. Cuando habló con ella fue la primera vez que pensó que había podido ser traficada.

En la casa estuvo diez días. El tiempo que tardó el chino-malaio que la había comprado en ponerla a trabajar en un karaoke y exigirle que devolviera el dinero que había pagado por ella. Tanto Chana como su amiga se negaron a aceptar la deuda y a atender a los clientes. Empezaron los malos tratos. Encerradas en una habitación sin ventanas, una comida al día, golpeadas, amenazadas... acabaron aceptando, pero decidieron escapar a la primera oportunidad que tuvieran. Semanas después, un día que estaban solas en la casa abrieron la cerradura lijándola con un corta uñas.

Encerradas en una habitación sin ventanas, una comida al día, golpeadas, amenazadas... acabaron aceptando.

Una vez en la calle pidieron ayuda a una familia de origen hindú que encontraron casualmente en su huida. Tuvieron suerte. La familia las llevó a su casa y avisó a la policía. Pero al carecer de papeles acabaron en la cárcel, donde estuvieron cumpliendo una pena de seis meses por entrar ilegalmente en Malasia. Luego supo que la policía, gracias a su testimonio, había cerrado el karaoke y detenido al traficante que las había comprado. Cuando cumplió su condena, gente de la Embajada de Camboya en Malasia y de una ONG de derechos humanos fueron a visitarla. Días después fue deportada junto a otras siete chicas camboyanas. Volaron a Phnom Penh, donde la policía volvió a interrogarla antes de llevarla a uno de los refugios del

Centro de Crisis de las Mujeres Camboyanas en la capital. Una semana después regresaba a Poipet con su familia.

Su historia brutal confirmaba algo que me había dicho Romdoul Seang, una ex-empleada de AFESIP, una ONG que trabaja con mujeres traficadas. Cuando discutíamos sobre qué llevaba a estas chicas a aceptar un viaje que pone en riesgo su seguridad y su libertad, lo había comparado a alguien que actúa sin elección. “He entrevistado a más de 400 trabajadoras sexuales, decía, y todas salvo dos vienen de familias pobres. Estas chicas son de familias empobrecidas o endeudadas, la mayoría de ellas con madres analfabetas. Chicas que no tienen ningún apoyo y

cuya familia depende exclusivamente del trabajo de ellas para salir adelante. Simplemente, si no van se mueren de hambre, ellas y sus familias”

Estaba obligada a atender las veinticuatro horas al día a 10 o más clientes, con o sin condón.

Romdoul no tenía dudas de que la cultura era un elemento insignificante frente a la economía. La cultura jemer no es más

machista que otras. Las hijas son bien recibidas. No son vistas como una carga para la familia, como puede ocurrir en la China rural; al contrario, son percibidas como una ayuda. Cuando se casan aportan dinero, reciben una dote o el trabajo del yerno contribuye a la economía familiar. Era la propia estrategia de supervivencia de las familias de las chicas lo que estaba detrás del riesgo asumido. Las chicas pueden llegar a aceptar su suerte, incluso trabajar en



Chana, su madre y sus hermanas en su casa en Poipet



Chana, su madre y sus hermanas en su casa en Poipet

un prostíbulo, porque es la única forma que tienen de ayudar a sus familias empobrecidas. Es perverso, pero

también lo es el hambre. Una virgen le puede costar a un hombre sin escrúpulos hasta 500 dólares. Una cantidad que para obtenerla muchas de estas familias necesitan dos años. La dignidad en estas familias ha desaparecido hace tiempo, aplastada por la pobreza insostenible y el cinismo de los cánones de la ética de hoy. ¿Qué es más inmoral, sus ridículos ingresos en caso de que hayan encontrado un empleo, su extrema pobreza o tener que vender el cuerpo para sobrevivir?

Ly Sun Lina, una activista que trabaja ahora con las Naciones Unidas y que ha entrevistado a lo largo de su carrera a más de mil chicas traficadas, me dijo durante una entrevista que la mayoría de las muchachas que ha logrado entrevistar no han sido vendidas por algún familiar, sino que han sido engañadas por gente que conocen y que les ofrece un empleo que consideran atractivo. “Pero incluso –decía–, no es tan fácil trazar una línea entre las que son engañadas y aquellas que siguen a un reclutador sabiendo adónde van. ¿De verdad lo saben? ¿De verdad conocen los daños físicos, psicológicos y morales que van a sufrir en los prostíbulos?”, se preguntaba.

Lina decía que el tráfico está basado en contactos personales o familiares que trabajan independientemente de los burdeles y que explotan la miseria, la ignorancia y la desigualdad de riqueza. Son historias de las novelas sociales y realistas del siglo XIX europeo. Hay muchas Dy Reasmay que visitan una y otra vez a las chicas y a sus familias y ganan su confianza porque pertenecen al mismo grupo social, al de abajo, de las chicas traficadas. Es el otro elemento que relaciona el tráfico humano con la pobreza tremenda que sufren muchas familias camboyanas. No hay una mafia criminal que lleve a las chicas a los burdeles, es la propia estrategia para salir de la pobreza quien lo hace.

Chana contaba que no había tenido más remedio que regresar a trabajar al mismo restaurante de antes de ser traficada. Los del Centro de Crisis de Mujeres Camboyanas que la habían ayudado durante su repatriación, le decían que se quedara un tiempo más en el centro aprendiendo un oficio. A Chana le hubiese gustado. Tiene planes de abrir un puesto de ropa y hubieran podido ayudarle, pero no tenía otra alternativa. Su madre y sus hermanas dependen de su ingreso.

Hablando con Chana, era claro que la creación de puestos de trabajo en Poipet era la mejor política posible contra el tráfico humano. Se sabe que empleos y un mercado



El palacio real de Phnom Penh

laboral regulado es su mejor antídoto. Ayudar a las chicas sólo con las ONGs era como querer tapar el sol con un dedo. Me preguntaba: ¿Por qué no habían desarrollado la zona industrial que habían discutido cuando acabó la guerra? Con toda seguridad si se hubiese llegado a desarrollar, Chana no hubiese sido traficada.

La gente que trabaja en el Centro de Crisis de las Mujeres Camboyanas tenía muy clara la respuesta. “Si hubiera una zona industrial en Poipet –decían–, los capitalistas tailandeses perderían las ventajas que tiene explotar a una mano obrera inmigrante sin derechos”. Contaban de empresas de construcción al otro lado de la frontera que empleaban camboyanos a cambio de darles la comida, prometiéndoles pagar el salario al final de la obra. Cuando ésta acababa, las mismas empresas llamaban a la policía y denunciaban que sus empleados eran ilegales. La policía detenía a los camboyanos y ponía multas ridículas a las empresas. Una migaja comparada con los salarios que hubiesen tenido que pagar.

De vuelta en Phnom Penh entrevisté a otras chicas en la oficina que el Centro de Crisis de Mujeres Camboyanas tiene al sur de la ciudad. Era el mismo relato de confianza

humana, viaje esperanzador y terrible mentira. La misma experiencia de aislamientos, golpes, castigos físicos y psicológicos hasta convertir una chica normal en otra dispuesta a servir sexualmente a clientes para pagar una deuda. Hubo una, se llamaba Pon Yati, que me llamó la atención. Era una historia diferente de las otras, no porque no fuera engañada, vendida y esclavizada sino por los motivos por los que estuvo dispuesta a correr el riesgo de la emigración.

Es una chica de rasgos finos. Se cubre el pelo con un pañuelo y tiene un pequeño arete en la nariz. Me

pregunta si va salir su nombre y su foto en un periódico de Camboya. Tiene miedo. Mientras hablamos, mira constantemente a la puerta de la habitación donde estamos. Era mayor que las otras chicas que había entrevistado, Yati tiene 23 años, no 15, 16 o 17 como las otras. Antes de ser traficada trabajaba en un karaoke en Phnom Penh, alternando con clientes. Le gustaba el trabajo. Fue allí donde conoció a un cliente que le habló de Malasia como un lugar en el que podía doblar sus ingresos haciendo lo mismo. Este cliente le presentó después a su novia, de quien se hizo amiga. Salían juntas. Ella le contaba la misma historia que su novio. Acabo creyéndoles. Cuando le dijo a su madre que se iba a Malasia a trabajar con una amiga, ella se lo prohibió. Nunca le había gustado que trabajase en un karaoke y mucho menos que lo hiciera lejos de casa. Pero Yati no le hizo caso. “¿Por qué no podía ganar más dinero?”, se preguntaba. ¿Por qué renunciar a comprar ropa bonita y cosméticos, un equipo de música, una moto, sentirse como una chica de su edad en otras capitales? Algo que no podía tener si se quedaba en Camboya, donde los salarios no daban para nada.

El resto de la historia es conocido. Viaje a Malasia con su amiga. Traicionada por ésta. Vendida por 3.000 dólares al propietario del karaoke *Eva* de Kuala Lumpur. Meses des-

pués transferida a un burdel camuflado en un hotel del barrio chino. Golpes y malos tratos. Obligada a atender las veinticuatro horas al día a 10 o más clientes, con o sin condón. En primera línea de riesgo de SIDA. Hasta que un día se le escapó la mano al propietario del burdel. Casi la mata de una paliza. Fue entonces cuando sacó valor para llamar a la policía. Malasia criminaliza a los proxenetas, pero no el acto de vender sexo. Redada, arrestos del propietario por traficante y de las chicas por no tener papeles. Los seis meses de rigor en la cárcel malaya por ilegal. La madre pide ayuda al Centro de Crisis de Mujeres Camboyanas y llega la repatriación.

Lo que me interesaba de la historia de Yati era que evidenciaba las limitaciones de un sistema que no cumple sus promesas. De un modelo económico cuyos mensajes de consumo creaban expectativas en unas chicas que los salarios brutalmente bajos que ganan no pueden satisfacer. Yati sabía que, dada su formación, el salario al que puede aspirar en un trabajo “decente” en Phnom Penh es de 45 dólares mensuales trabajando seis días a la semana ocho horas al día. Un ingreso insuficiente para consumir otra cosa que no sea comida, pagar un alquiler y ayudar a su madre en caso que se lo pida. Una contradicción que explotan los traficantes.

Me había llamado la atención que la mayoría de las chicas que había entrevistado hubiese sido traficada a Malasia. Un país que está compitiendo con Tailandia por los turistas y que parece que está desarrollando como éste hizo la industria del sexo como un reclamo. Era como si en su nuevo ascenso económico se hubiese convertido en el nuevo destino de las chicas camboyanas traficadas, escondidas bajo la sombra de las nuevas, altas y boyantes torres gemelas de Kuala Lumpur, símbolo de la riqueza que ha traído el petróleo a Malasia.

Sean Sok Phay, del Centro de Crisis de Mujeres Camboyanas, decía que han detectado un incremento alarmante en chicas traficadas a Malasia, entre ellas de la provincia de Kompong Cham, donde hay una importante población de chams, la minoría musulmana camboyana. “Las madres, al tener la misma religión que la mayoría de los malayos, aceptan más fácilmente la propuesta de que sus hijas vayan a trabajar a Malasia. Piensan que siendo musulmanes no pueden engañarles”, decía.

Hay ahora 150 camboyanas esperando ser repatriadas en Kuala Lumpur. Pero no se sabe cuántas quedan esclavizadas en los prostíbulos y karaokes. Sean Sok Phay decía

que no existen estadísticas creíbles de la escala del tráfico humano, pero sí se sabe que, en el mejor de los escenarios posibles, éste no disminuye. Cuando le pedí un número para Camboya, hablaba que las últimas encuestas cifran el número de mujeres en la industria del sexo en cien mil. A ellas hay que añadir las que están en Tailandia, Malasia y otros países. “Hay también chicas de Vietnam y China –decía–. Camboya, por la fragilidad del Estado, se ha convertido en un centro regional de distribución de chicas para la industria del sexo. ¿Cuántas de ellas han sido traficadas?” se preguntaba. Y volvía a hacer los mismos comentarios que había hecho anteriormente Lina. ¿Dónde trazar la línea del tráfico dentro de los burdeles y karaokes?

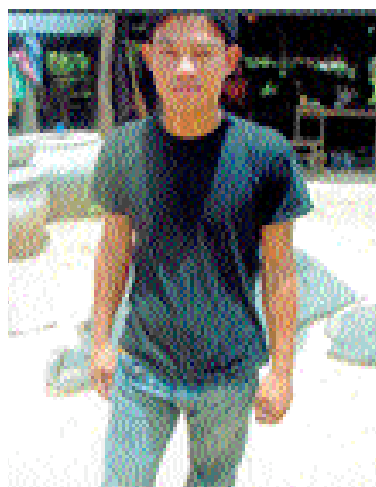
Cuando le pregunto a Yati qué planes tiene para el futuro, me responde que no lo sabe. Ella también se lo pregunta, me dice. Su madre le aconseja que se quede en el centro y aprenda un oficio. Pero aunque aprendiera a coser, ¿qué futuro tiene? “Vivir para coser pantalones ganado 45 dólares al mes y renunciar a los cosméticos y a ropa nueva y a la moto”. En el karaoke puede ingresar el doble que en una fábrica con mucho menos esfuerzo y



Dos de los hijos de la señora Konklei en Chantrea recién llegados de Vietnam



Pon Yati en una de las oficinas del Centro de Crisis de Mujeres Camboyanas en Phnom Penh



Eng Hou en Tamum

haciendo algo que sabe y le gusta. Cuando le pregunto si no tiene miedo de ser traficada otra vez, “¿qué otro futuro tengo?”, dice.

Semanas más tarde viajo a Kbal Thnorl. Quería saber cómo era posible que las familias de este pueblo hubiesen organizado su economía traficando a sus hijos o a los hijos de otros pueblos vecinos de los municipios de T'Not y

Chantrea como limosneros o vendedores de lotería en Ho Chi Min.

Kbal Thnorl está ubicado en la frontera vietnamita, en la provincia de Svay Rieng, una de las más pobres y pobladas de Camboya que se mete como una cuña en Vietnam. Es un pueblo de 308 familias campesinas que luchan por cultivar los campos de arroz. Sus casas son de barro, paja y palma. El único transporte público que llega son los moto-taxis, y no hay mercado.

Kual Themal, un hombre canoso de 64 años, es el jefe del pueblo. Nos reunimos con él y su ayudante, el señor Som Sang, a la puerta de su casa de madera. Había aceptado discutir el problema de lo que a mi juicio era una lacra social que había que abolir. Pero él lo veía de otro modo.

El señor Kual decía que los campos de arroz no son suficientes para alimentar a una familia. El ingreso familiar medio que consiguen cultivándolos no llega al medio dólar a la semana. Es una zona de difícil cultivo por ser la tierra salitrosa. Además es tan llana, que en época de lluvias, si llueve apenas un poco más de la cuenta, se inunda hasta convertirse en una laguna intratable. Pero no mejora cuando las lluvias acaban, porque el agua se filtra y la tierra se seca. Las familias no tienen otra opción si quieren comer que emigrar a Vietnam o Phnom Penh cuando acaba la cosecha, y regresar en mayo, en la época de la siembra, para volver a marcharse cuando ésta acaba.

El tráfico de niños como limosneros, del que viven la mayoría de las familias, lo veía el señor Kual como parte de esta corriente migratoria. Una nueva estrategia de supervivencia. Una nueva variante que empezó hace 10 años, después de que una inundación catastrófica dejara al pueblo en una situación literal de hambruna, y varias familias pioneras decidieron intentarlo como limosneros. Habían elegido Ho Chi Minh en lugar de Phnom Penh, porque aquella empezaba a mejorar su situación económica y los vietnamitas acostumbran a dar dinero a los niños, cosa que no ocurre en Camboya, donde se da a los viejos o discapacitados. Pasar la frontera para ellos no era ningún problema.



Eng Hou y la esposa de Uch Phon en Tamum

“Las familias que se fueron regresaron con dinero. Los vecinos vieron cómo comían, reparaban sus casas y pagaban las deudas. El éxito envalentonó a más familias a seguir sus pasos hasta convertirse en algo normal. Hoy es una costumbre que siguen las familias para poder comer. Nadie está avergonzado por lo que hace”, decía el señor Kual.

La Organización Internacional de la migración estima que al menos 180 familias de Kbal Thnorl trafican con sus hijos. El resto de familias manda alguno de sus hijos con ellas. Las autoridades vietnamitas han devuelto 7.100 personas en los últimos cinco años. Entre ellos cinco mil niños, de los cuales tres mil son niñas y 1.000 tienen menos de cinco años. La mayoría de Kbal Thnorl y alrededores.

Sayan es una mujer de estas familias que envían a sus hijos a Vietnam. Ha tenido diez, pero tres murieron al poco de nacer. Los otros siete han hecho alguna vez el viaje. La visitamos en su casa en el pueblo de Kandal, en el municipio de T'Not. Una vivienda de barro y paja con suelo de tierra que no tenía otros muebles que tres catres. Un viejo radio-caset descansaba en una repisa hecha de cañas. Estaban sus cuatro hijas pequeñas. Las dos mayores, de 13 y 15 años, acababan de regresar de Vietnam, pero no estaban en la casa.

“La primera vez que fuimos a Vietnam viajamos toda la familia, hasta mi marido. Estaba enferma y fuimos al hospital. Tuvimos que ponernos a pedir dinero en la calle porque el dinero que llevábamos se nos acabó a mitad del tratamiento. La cosa fue bien y desde entonces alguna de mis hijas viaja cada año a Vietnam”, decía Sayan

Esta última vez sus dos hijas adolescentes habían viajado con su hermana, quien había reclutado a otros niños y niñas de otras familias. Me hubiese gustado hablar con ellas, conocer su testimonio, pero su madre decía que se habían ido a Phnom Penh “a ver si podían trabajar en las fábricas de confección”.

El ingreso familiar medio que consiguen cultivando arroz no llega al medio dólar a la semana.

Las autoridades vietnamitas han devuelto 7.100 personas en los últimos cinco años. Entre ellos cinco mil niños.

Su hermana le había pagado 50 dólares por el mes que sus hijas habían estado en Ho Chi Minh, la de 13 años pidiendo en las calles y la de 15 vendiendo lotería. Parecía un precio devaluado. Phier Khay, un técnico de la Organización Internacional de la Migración, me había dicho, después de haberse entrevistado con decenas de estas familias, que lo que se acostumbra es a rentar los hijos a los reclutadores por un diente de oro (aproximadamente 45 dólares) por 40 días de “trabajo” de los niños. Y que como en el caso de las hijas de Sayan, son mujeres quienes llevan y traen a los niños. Los reclutadores confían más en mujeres que en hombres. Cuidan mejor a los niños y niñas y sobre todo no se gastan el dinero recaudado en el juego o en alcohol.

Phier Khay me había dicho también que la mayoría de las familias que ha entrevistado mandaron a sus hijos a Vietnam cuando tuvieron que hacer frente a un gasto no esperado: un funeral, reparar la vivienda, una enfermedad grave. Las comunidades están tan devastadas por la pobreza, decía, que no existe ninguna red de socorro social que pueda aliviar su situación, incluso las pagodas están tan faltas de recursos que sólo se puede asistir a ellas en casos muy extremos.

Cuando le pregunté a Sayan si no tenía miedo a que sus hijas fueran maltratadas o abusadas en Vietnam, me respondió que “no”. “Sé que mi hermana las cuida como si fueran suyas”, decía.

Entrevistas con los niños devueltos hablan de otra cosa. Los niños lo pasan mal en Vietnam. Se han quejado de las duras condiciones de vida a que son sometidos, de los malos tratos recibidos. Duermen de cualquier manera, al aire libre en patios de casas, y comen en puestos callejeros. Se han reportado denuncias de violencia y abuso por parte de los traficantes. Sobre todo cuando los niños no entregan los 50 mil dong (3 dólares) por día que tienen asignados. Se sabe de casos de castigos, descargas eléctricas o golpes, e incluso de hacerlos trabajar por la noche en la industria del sexo hasta que consiguen el dinero.

Phier me contó que una chica que ahora tiene 16 años y

el distrito de Bakan. Es un pueblo de campesinos, a una hora por un camino de tierra anaranjada que nace en la carretera que va a Battambang, a 30 kilómetros al norte de Pursat, un pueblo que vive de los campos de arroz y de lo que envían sus emigrantes. De las 200 familias que viven allí, 150 tienen hijas en Phnom Penh trabajando, la mayoría de ellas como costureras. Los hijos, aunque emigran menos que las hijas, prefieren Tailandia.

Nos vimos en casa de Uch Phon, el jefe del pueblo. El hombre había firmado el contrato laboral en nombre de Hou y otros nueve jóvenes más que le acompañaron en su viaje. Era la de un campesino acomodado con vacas, cerdos y patos. Había una televisión apagada enchufada a una batería de coche en la tarima donde nos sentamos, en los bajos de la casa de madera, junto a unas enormes tinas de agua. El Sr. Phon no estuvo durante la entrevista, pero sí su mujer.

Eng Hou es de una familia pobre sin tierra. Su padre no vive, y es el tercero de cuatro hermanos. Dice que la emigración para él no es una posibilidad. Es el único medio de salir adelante junto a su familia, que asegura “apenas tiene lugar donde vivir”. Por eso nos entrevistamos en la casa del jefe del pueblo. A finales del año 2004 gente del pueblo le ofreció trabajar en una industria pesquera conservera en Tailandia. Trabajaría ocho horas al día y cobraría 6 mil baths (150 dólares) al mes. Acabó aceptando. En enero del año 2005 viajó a Tailandia legalmente con otros 35 camboyanos, diez del mismo pueblo, bajo la supervisión de Noy Sisovann, un militante en la zona del partido político Sam Rainsy. Cuando llegaron al puerto tailandés de Machachai, después de más de 10 horas de viaje en taxis y autobús, el señor Noy les informó de que el monto de salario se mantendría pero que tendrían que trabajar en Somalia en vez de en Tailandia. Hou había firmado un contrato de 18 meses de trabajo, y su pasaporte estaba en manos del señor Noy, así que no vio otra opción que aceptar. “No tenía donde escoger, quería decir no, pero no podía”. “Viajé contra mi voluntad, ni siquiera sabía dónde quedaba Somalia”, decía Hou. Cinco días después zarpaba para el cuerno de África.

La travesía duró 25 días. Viajaron el grupo de 35 camboyanos y otros 30 tailandeses, la mayoría de la minoría sorim, quienes hablan camboyano. El capitán era tailandés. El barco, uno de esos pesqueros que transportan pescado, era de una compañía tailandesa de nombre SiriChai Perfect Fishing Gear Ltd, que Hou decía “tenía al menos



Sayan y su familia en su casa en T'Not



Los jefes del pueblo de Kbal Thnolr delante de su casa de Modek

diez barcos grandes como los que hacían la travesía de Tailandia a Somalia”. Les daban de comer arroz y pescado tres veces al día. A veces se mareaba. Estaban a disposición del capitán. Reparando redes, cocinando, limpiando, pescando. “Era un trabajo duro, exigente, solo podía dormir seguido dos o tres horas durante la noche”, decía Hou.

Al llegar a la costa de Somalia cambiaron a otros barcos más pequeños. Eran pesqueros con una tripulación de 20 personas si contabas los tres militares somalíes. “Al menos vestían uniforme e iban armados”, decía Hou. Les dijeron que estaban allí para protegerles de los piratas que acechan la zona –lo cual es verdad– pero dispararon al aire una vez que reclamaron al capitán su derecho a regresar a Camboya.

En su pesquero había tailandeses y camboyanos, entre

que ha hecho el viaje varias veces le ha reconocido que por la noche la llevaban a algún club donde era abusada sexualmente. “Mientras dos de sus hermanos se quedaban en Kbal Thnorl e iban a la escuela, ella viajaba a Vietnam con otras dos hermanas. Su madre, que a veces trabajaba para los traficantes y viajaba a Ho Chi Minh con ella y otros niños, la golpeaba cuando se negaba a ir al club”, decía.

Sayan sabía de estos casos, pero insistía que por eso mandaba a sus hijas con su hermana. Decía que quería dejar de enviar a sus hijas pequeñas para que fueran a la escuela, pero de momento no tenía alternativa. No tenía dinero para empezar algún pequeño negocio. Esperaba para poder hacerlo “que sus hijas mayores encontraran un empleo en Phnom Penh”.

Nos adentramos hasta tocar pared con Vietnam en el municipio de Chantrea. Las casas seguían siendo de barro y los tejados de palma. En la aldea de Teing Moa no estaba la mujer que íbamos a visitar. Se llamaba Konkley y tenía 46 años. Se había ido al bosque a cazar algún ratón para poder cambiarlo por arroz para alimentar ese día a sus cuatro hijos. Tres de ellos acababan de regresar de Vietnam, donde habían estado pidiendo. La niña de siete años había agarrado el tic de arrancarse el pelo y andaba escondida. Los de dos y cuatro años esperaban que volviera su madre con un plato vacío en la puerta de su vivienda. Niños y niñas que apenas han pisado la escuela y a los que esperaba el mismo futuro de analfabetismo que el de sus padres, reclutadores y acompañantes.

En el viaje a Vietnam no hay engaños como ocurre con la mayoría de las chicas que acaban en los burdeles. Todas las partes, incluso los niños, conocen de qué se trata. Lo que hay a lo sumo es ignorancia de las consecuencias psicológicas y morales

que va a acarrear en los niños y que les va a marcar para toda la vida. Sayan decía que sus hijos “están felices en Vietnam, el país es más rico y les gusta la ciudad”

Cuando le planteo el problema de los malos tratos constatados en los niños, el señor Kual, el jefe del pueblo, le quita importancia. “No es un gran problema. La mayoría

de las veces viaja toda la familia. ¿Cómo van a tratar mal a sus hijos?”

Nadie quería entrarle al tema de los traficantes, los únicos que hacen un buen dinero explotando a los niños. Había visto alguna casa de madera que llamaba la atención. Phier Khay decía que no se trata de una mafia criminal, como dicen que hay en Rumanía, sino vecinos con

experiencia en el viaje que se han convertido en reclutadores. Era algo parecido a lo que ocurre con las chicas vendidas a los prostíbulos, pero en este caso mucho más difícil de perseguir, porque según la ley camboyana sólo los padres pueden llevar a juicio a los reclutadores que se creen con derecho para traficar con sus hijos o

los hijos encomendados por sus padres.

Cuando le pregunto al señor Kual cómo se puede acabar con los viajes de los niños a Vietnam, dice que la única manera es instalar un par de fábricas de confección en la comarca. “Todo el mundo sabe que trabajar en las factorías es mejor que pedir en Vietnam”, decía.

Lina me había dicho que no todas las personas traficadas son mujeres o niños, que también había hombres. Según Lina, el reclutamiento de éstos era mucho más organizado, hasta el punto de que existía una extensa red implantada en toda Camboya que reclutaba trabajadores para empresas tailandesas de la construcción o la industria pesquera, o para faenas agrícolas o madereras. Mu-

chos de ellos, a los que les ofrecían buenos salarios, acababan en condiciones de esclavitud. Tardé semanas en poder reunirme con uno de estos modernos esclavos del siglo XXI, hasta que por fin entrevisté a Eng Huo, quien había estado trabajando

ocho meses contra su voluntad y sin pago alguno para una compañía tailandesa, en un pesquero en las costas de Somalia.

Eng Hou está soltero, tiene 25 años y es de la provincia de Pursat, en el interior de Camboya. Su pueblo Tamum está rodeado de agua por su cercanía al lago Tonle Sap, en

Seres humanos forzados a prostituirse, a trabajar sin salario, a esclavizarse. Encerrados en el centro de trabajo, el pesquero o el burdel.

Nunca los llevaron a puerto. En el barco no había doctor o enfermero.



Los cráneos de los asesinados se exhiben en el campo de la muerte próximo a Phnom Penh

ellos cuatro de su pueblo. Las condiciones eran peores que en el barco en el que hicieron la travesía. Dormían en cubierta. Extrañaban el arroz en una comida demasiado picante. Llevaban el pelo largo porque no había quien lo cortara. Era un trato denigrante. Se sentían atrapados en el mar. Nunca los llevaban a puerto. Pescaban con red las 24 horas del día, divididos en dos grupos. En el barco no había doctor o enfermero. Las medicinas las controlaba a su antojo el capitán, quien les golpeaba o les despertaba tirándoles cubetas de agua a la cara. “Como en los tiempos de Pol Pot, teníamos miedo a decir que estábamos enfermos”, decía Hou.

Una vez que vino el barco que hacía la travesía a recoger lo que habían pescado, cuando llevaban tres meses faenando sin descanso, sin visitar ningún puerto, pidieron al capitán que les dejara regresar a Camboya. Éste se opuso.

En el forcejeo todos los camboyanos saltaron al barco que podía llevarles a casa. Los militares somalíes dispararon al aire. Los camboyanos, atemorizados, acabaron su protesta y volvieron al trabajo. Pero nadie estaba contento y la situación era cada vez más difícil. Hou decía que en ningún momento dejó de decirle al capitán que “ya había trabajado lo suficiente, que extrañaba a Camboya y que quería regresar”. Después de ocho meses el capitán cedió. Regresaron 18 de los 35 camboyanos que fueron con él, 3 de los 10 de su pueblo. Antes de zarpar pidió que le pagaran su salario. El capitán le dijo que no le debían nada, pues habían adelantado 30 mil baths, (750 dólares) a la gente que los había reclutado en concepto de pago por pasaporte, visa, transporte y otros gastos. Ese mes había acabado de saldar su deuda y por eso dejaba que se fuera. Hou regresó a Tamum en septiembre del 2005. Había trabajado durante ocho meses sin salir de un pesquero y tuvo que pedir dinero para pagar el taxi que lo llevó de Poipet a Pursat. A pesar de las promesas de los reclutadores ni él ni su familia habían visto un duro.

La historia de Hou es similar a la de Chana. Ambos habían sido engañados, maltratados y esclavizados. Una forzada a entregar su cuerpo, el otro obligado a usarlo como fuerza de trabajo. Los dos habían tenido que pagar una deuda que no era suya. Los dos explotados por reclutadores y por quienes habían pagado por ellos. Lo que llamaba la atención en el caso de Hou es que había sido abusado por una compañía reconocida públicamente. La empresa Si riChai Perfect Fishing Gear Ltd ancla sus barcos en los puertos de Machachai y Samut Nakhon, pero nadie la molesta a pesar de las denuncias públicas de sus prácticas esclavistas.

Tailandia es de lejos el país más rico en la región (su PIB es el 91% de la región del Mekong: Myanmar, Laos, Tailandia y Camboya. El que suele crecer más y el que menos desempleo tiene. Pero el crecimiento de Tailandia en la última década ha descansado entre otros factores en la mano de obra inmigrante. Sus bajos salarios, menos de la mitad de lo que ganan los obreros tailandeses, son lo que han hecho a Tailandia competitiva. Trabajadores que no tienen derecho a organizarse en un sindicato como inmigrantes para defender sus derechos y que si protestan son puestos en la frontera de regreso a sus países.

Se estima que hay cerca de dos millones de estos inmigrantes. La mayoría de ellos de Myanmar. De éstos, algo menos que la mitad tienen papeles. En 2004 había 111.639



La vida es muy dura en las aldeas camboyanas

camboyanos con permiso para trabajar. El 75% de ellos, hombres. Pero se estima que hay otros tantos ilegales trabajando con un salario mucho menor que el que ganan los que tienen papeles en puestos que por sucios o peligrosos no quiere nadie. Trabajadores que no salen a la calle ni los días festivos porque están atemorizados por la policía. Las encuestas han mostrado que el 11,1% de estos inmigrantes habrían podido ser traficados. Estamos hablando de quizá 200 mil Hous de Myanmar, Camboya y Laos. Seres humanos forzados a prostituirse, a trabajar sin salario, a esclavizarse. Encerrados en el centro de trabajo, el pesquero o el burdel. Era claro que sin demanda ilícita de los países ricos no podría haber reclutadores sin miramientos en los pobres.

Cuando pregunto a Hou quién le ofreció el empleo de la factoría conservera, la mujer del jefe del pueblo y Hou empiezan a discutir. Su respuesta se acerca a la que me habían dado las chicas traficadas. Había sido un trabajo de persuasión, de visitas, esta vez no de familiares o amigos, sino de políticos. Tres o cuatro hombres del partido de Sam Rainsy se le habían acercado, señor Noy, señor Rep, señor Vat y hablado de la oportunidad del trabajo en Tailandia. Les decían que no tenían ninguna salida en Camboya y que era mejor que aceptaran la oferta. Hasta un día apareció Heng Chanthung, el parlamentario que representa al distrito, también del partido de Sam Rainsy. Este parlamentario les dijo que querían ayudar a las familias pobres y por eso habían conseguido un contrato para ellos con

una empresa tailandesa. Fue él quien adelantó el dinero para los pasaportes y las visas.

Hou decía que lo primero que hizo cuando regresó de Somalia fue contar a estos políticos del pueblo su historia. Le dijeron que hablarían con su jefe Heng Chanthung. Han pasado casi siete meses y aún está esperando una respuesta. Por supuesto no ha recibido ni un dólar de la cantidad de 42 mil baths (1.200 dólares) que Hou estima que le deben. Cuando le pregunto si estas personas sabían del engaño “dice que no está seguro si lo sabían o no”, pero en su pasaporte sólo había una visa de turista a Tailandia. Si supuestamente no lo sabían, ¿por qué les mandan con una visa de turista y no de trabajo? Lo más normal es que lo supiesen: en

Somalia no vale para nada una visa tailandesa. Y si no lo sabían, ¿cómo se atreven a mandarlos ilegalmente? Cuando le pregunto qué siente hacia ellos guarda el silencio de una tumba mientras sonríe amargamente. ¿Qué puede hacer contra el poder de un diputado en un país marcado por la impunidad de los poderosos?

El día que nos vimos hacía una semana que habían acabado las festividades del Año Nuevo camboyano. Era tiempo para Hou de regresar a Tailandia. Iba a empezar la época de lluvias, pero no tenía campos en donde sembrar el arroz. Tenía miedo, pero no tenía opción. El riesgo era el único camino que le quedaba. Le hubiese gustado ir legalmente con pasaporte y visado, ahora que dicen que el gobierno tai-

landés quiere legalizar a los camboyanos que trabajan en Tailandia, pero no tiene dinero para pagar el pasaporte, que cuesta más de 200 dólares, el registro y la visa. Era jueves e iba a viajar el sábado en un grupo. Había acordado pagar 3 mil baths (75 dólares) al contrabandista. Mejor ser ilegal que traficado. Trabajaré en la construcción por la mitad que los tailandeses, pero al menos el dinero que llegue a ganar será suyo y no de los traficantes. Y lo mejor: podrá irse cuando quiera ■

Tardé semanas en poder reunirme con uno de estos modernos esclavos del siglo XXI.

www.elviejotopo.com